

ARTÍCULOS

**¿Cuántos Estados Unidos coexisten en la era Trump?
Breve evolución de las identidades nacionales**

Teresa de Stefano

(Instituto Universitario ESEADE, Buenos Aires)

This election is not, however, about the same old fights between Democrats and Republicans. This election is different. It really is about who we are as a nation

Hillary Clinton

Resumen: El triunfo de Donald Trump en las elecciones presidenciales de Estados Unidos del año 2016, junto a las más que evidentes divisiones en la sociedad estadounidense, invitan a replantear la pregunta acerca de cuál es la identidad americana actual, si es que hay una, o cuántas identidades subnacionales coexisten en dicha nación. Asimismo, los cambios en la identidad se conforman paulatinamente, no en una campaña electoral; son el resultado de inclinaciones culturales, sociales, económicas y políticas, que analizaremos a lo largo del presente trabajo.

Palabras clave: Donald Trump, Estados Unidos, identidad, nacionalismo.

Abstract: The triumph of Donald Trump in the 2016 US presidential elections, along with the more than obvious divisions in American society, invite us to rethink the question about what the current American identity is, if there is one, or how many Subnational identities coexist in that nation. Likewise, changes in identity are gradually formed, not in an electoral campaign; they are the result of cultural, social, economic and political inclinations, which we will analyze throughout this work.

Keywords: Donald Trump, United States, identity, nationalism.

1. INTRODUCCIÓN.

Tanto el *New York Times* como el *Washington Post*, cubriendo el discurso de la victoria de Hillary Clinton en las primarias del partido Demócrata, coincidieron en que ella había caracterizado la elección presidencial como de identidad nacional. Los demócratas, entre otros, temen que bajo la administración Trump, los Estados Unidos vayan en contra de sus tradiciones y valores fundamentales. En particular que se deshaga el camino recorrido en pos de la igualdad. Les inquieta que para Trump y sus seguidores, la lucha por la igualdad sea equivalente a una corrección política que debe eliminarse, reemplazando centenarias tradiciones por «sentido común» (Reifowitz, I., 27 de abril de 2016).

Según una encuesta de CNN publicada y realizada luego de la última —y controvertida— elección presidencial, protagonizada por los dos candidatos a la presidencia más impopulares de los últimos tiempos, 85 de cada 100 estadounidenses afirmaron que el país está más dividido que hace décadas en temas relevantes, incluidos los identitarios y más de la mitad de ellos no están conformes con el funcionamiento de la democracia en su país, considerada un paradigma en el mundo entero durante siglos (Agiesta, J., 27 de Noviembre de 2016).

En su discurso inaugural, Trump utilizó la palabra «carnicería» (*carnage* en idioma original) para resumir los cambios económicos y sociales ocurridos en Estados Unidos en las últimas décadas. No es una expresión que suele usarse en discursos inaugurales así como tampoco constituye un llamado a la unidad nacional (Lexington, 20 de Enero de 2017).

El triunfo de Donald Trump en las elecciones presidenciales de Estados Unidos y las evidentes divisiones en la sociedad estadounidense nos invitan a replantear la pregunta acerca de cuál es la identidad americana actual, si es que hay una, o cuántas identidades subnacionales coexisten en dicha nación. Asimismo, los cambios en la identidad se conforman paulatinamente, ciertamente no en una campaña electoral; son el resultado de inclinaciones culturales, sociales, económicas y políticas. Las iremos repasando a lo largo del presente trabajo.

2. LA EVOLUCIÓN DE LA IDENTIDAD TRADICIONAL ESTADOUNIDENSE.

En un recorrido de la prominencia y la sustancia de la identidad nacional estadounidense, observamos que a finales del siglo XVIII los colonos británicos de la costa este dejaron de identificarse como residentes de sus respectivas colonias, para hacerlo también como norteamericanos. Sin embargo, la identidad nacional pasó a ser prominente con respecto a otras identidades recién tras la guerra de secesión (1861-1865). Finalmente el nacionalismo estadounidense terminó de florecer durante el siglo siguiente. Ya en 1960 identidades de doble nacionalidad así como aquellas cosmopolitas, rivalizaron con la identidad nacional. (Huntington, S., 2004, 19).

Huntington comienza su alegato con una descripción la proliferación de banderas estadounidenses después del terrible atentado terrorista del 11 de septiembre de de 2001. Interpreta a las mismas como símbolos de los Estados Unidos, que no expresaban ningún significado concreto de lo que era esa nación. La proliferación de banderas podría haber sido una prueba tanto del mayor peso relativo de la identidad nacional versus otras, como de la incertidumbre acerca de la sustancia de esa identidad. Mientras que la primera podría variar drásticamente en función de la intensidad de las amenazas externas, la segunda se iría conformando lenta y fundamentalmente a través de una amplia variedad de tendencias sociales, económicas y políticas a largo plazo, confrontadas a menudo entre sí (Huntington, S., 2004, 31).

Los estadounidenses definieron la sustancia de su identidad en términos de raza, etnia, ideología y cultura, con distintos pesos relativos. La raza y la etnia prácticamente han desaparecido, ya que la mayoría de los estadounidenses se considera una sociedad multiétnica y multirracial, al menos hasta los primeros años del siglo XXI. El “credo americano”, producto de una cultura anglo protestante, estaba conformado por la lengua inglesa, el cristianismo, la convicción religiosa, el imperio de la ley, los valores protestantes disidentes (el individualismo, la ética del trabajo y la creencia de que las personas tienen la posibilidad y la obligación de crear un paraíso en la tierra), la rendición de cuentas de los gobernantes y los derechos de los individuos. Millones de inmigrantes fueron atraídos por dicha cultura y por las oportunidades económicas que ésta contribuyó a proveer (Huntington, S., 2004, 20).

Esa cultura fue central a la identidad estadounidense durante al menos tres siglos. A finales del siglo XX tanto la preponderancia como la sustancia del credo americano se enfrentaron a diferentes desafíos: nuevas oleadas migratorias provenientes de América Latina y Asia, la popularidad del multiculturalismo, la difusión del español como segunda lengua, así como la tendencia a la hispanización de la sociedad, la afirmación de identidades de grupo, basadas en raza, etnia o género y el compromiso de las élites con las identidades cosmopolitas (Huntington, S., 2004, 20).

Los posibles desenlaces para tales desafíos serían:

1. Un Estados Unidos cohesionado exclusivamente por un compromiso común con el Credo Americano.
2. Dos EEUU, bifurcados entre el inglés y la cultura anglo protestante y el español y la cultura hispana.
3. Un Estados Unidos exclusivista, definido por la raza, excluyendo y/o subordinando a quienes no sean descendientes de blancos europeos.
4. Un Estados Unidos revitalizado en su cultura anglo protestante y sus valores, fortalecido por la confrontación con un mundo hostil.
5. Alguna combinación de las anteriores y otras (Huntington, S., 2004, 20).

Estados Unidos podría invertir su proceso de declive renovando su identidad al abrazar la cultura anglo protestante y el credo americano a los que los estadounidenses de diversas razas, etnias y religiones han adherido durante más de tres siglos y que significaron su libertad, su prosperidad, su poder y su liderazgo como fuerza de bien en el mundo. Ese compromiso significaría que Estados Unidos seguiría siendo Estados Unidos mucho después que los descendientes de sus fundadores se hayan convertido en una minoría reducida y poco influyente (Huntington, S., 2004, 21).

No obstante, las amenazas a la identidad americana anglo protestante perderían intensidad en la medida que los Estados Unidos tuviera enemigos externos. Por el contrario, si las amenazas externas fueran modestas, los estadounidenses podrían estar divididos acerca de los papeles del credo, la lengua y la cultura central en su identidad nacional (Huntington, S., 2004, 35 y 211-2).

El credo americano constituye un compromiso con los principios de la libertad, la igualdad, la democracia, el individualismo, los derechos humanos, el imperio de la ley y la propiedad privada. En su independencia de Gran Bretaña los estadounidenses se hicieron defensores de los valores ingleses tradicionales, contra los esfuerzos del gobierno británico por subvertirlos. Asimismo, invocaron verdades evidentes, universalistas propias de la Ilustración. Esas dos fuentes constituyeron el corazón de la identidad estadounidense. La definición del credo americano les permite sostener que el suyo es un país excepcional porque su identidad está definida por principios, a la vez que es una nación universal, porque éstos son aplicables a todas las sociedades. El credo hace que sea posible hablar de «americanismo» como ideología política o conjunto de creencias (Huntington, S., 2004, 70-3).

Sin embargo, definir la identidad estadounidense exclusivamente por el credo es una verdad parcial. El protestantismo ocupó un lugar central en la cultura estadounidense (Huntington, S., 2004, 88). Tal como señaló Edmund Burke (Burke, E., 1949 en Hoffman y Levack, 69-71, en Huntington, S., 2004, 88-90): «la religión que más prevalece en nuestras colonias del norte constituye un refinamiento del principio de resistencia: es la disidencia del disenso y el protestantismo de la religión protestante». El Dios en que, según su moneda, los estadounidenses dicen confiar, es implícitamente el dios cristiano (Huntington, S., 2004, 132).

Relacionada con la religión esta la ética del trabajo, un rasgo central de la cultura protestante. Desde un principio, la religión de Estados Unidos ha sido la del trabajo (Huntington, 2004, 97).

La deslegitimación formal de la raza y la etnia como componentes de la identidad nacional introducida en las leyes sobre los derechos civiles, el derecho a voto y la inmigración de esos años, habría acabado paradójicamente por legitimar la aparición de esos elementos en forma de identidades subnacionales (Huntington, S., 2004, 175).

Han habido desafíos raciales al credo: el bilingüismo frente al inglés monolingüe, y lo multicultural *versus* la cultura anglo conforme. Entre 1965 y 2000 llegaron a Estados Unidos 23 millones de inmigrantes procedentes principalmente de América Latina y de Asia. El dilema es hasta qué punto se asimilarán con éxito a la sociedad y cultura norteamericanas convirtiéndose en estadounidenses (Huntington, S., 2004, 211-3).

Habría sociedades capaces de posponer su final y o su desintegración definitiva renovando sido entidad nacional, su propósito como nación y los valores compartidos. Esto es lo que hicieron los estadounidenses tras el ataque terrorista mencionado anteriormente. El reto al que se enfrentan es saber si podrán continuar en ese sendero en ausencia de cualquier ataque (Huntington, S., 2004, 35).

Parecería que Huntington tuvo una visión correcta: hoy las amenazas externas no son percibidas tan fuertemente como en 2001 y los estadounidenses están divididos acerca de los papeles del credo, la lengua y la cultura central en su identidad nacional. En un contexto fundamentalmente de puertas adentro, de uno y otro lado sienten amenazada la o las identidades nacionales. Al analizar los mensajes de Trump y Clinton de campaña, se podría conjeturar que sus votantes adhieren a identidades nacionales marcadamente diferentes, pero que tienen similitudes con las diferentes identidades históricas que fueron mutando con el correr de los siglos. Como si desde ambas veredas quisieran aferrarse a un EEUU de distinta época.

En palabras de su ex contendiente, Trump no sólo quiere levantar un muro entre Estados Unidos y México, sino un muro que dividirá a los estadounidenses entre sí. Cuando dice «Construyamos nuevamente un Estados Unidos grande» quiere decir —según Hillary Clinton— «Llevemos a los Estados Unidos al pasado». A un pasado donde la oportunidad y dignidad eran reservados para algunos, no para todos, prometiendo además a sus seguidores una economía que no se puede recrear.

Detrás de los debates de los candidatos a la presidencia, sonaban las palabras de Huntington «¿Somos un “nosotros”, un pueblo o varios? Si somos un “nosotros”, ¿que nos distingue de los diversos “ellos” que no son “nosotros”?» (Huntington, S., 2004, 31).

Allan Bloom también profundiza la transformación de la idea de lo que significa ser americano. La antigua concepción era que adhiriendo a los derechos naturales del hombre, los hombres encontraban una base de unidad e igualdad independientemente de la clase, raza, religión, origen nacional o cultura. Implicaba subordinar viejos hábitos o religiones a nuevos principios. Para los Padres Fundadores, no debía existir tolerancia para los intolerantes. La educación de apertura universitaria de los EEUU desde los '60 habría rechazado esas creencias; abierta a todas las clases de hombres, a todos los estilos de vida, a todas las ideologías; en la modernidad no habría más enemigo que el hombre que no está abierto a todo. El relativismo habría invadido la universidad moderna, a la vez que la especialización reemplazó una educación humanista filosófica-literaria que permitía una cabal comprensión de los principios subyacentes en la fundación de los EEUU, sostenidos por los Padres Pioneros y por los Padres Fundadores (Bloom, A., 1989, 27-34).

Éstos construyeron una complicada maquinaria institucional que incluía en su seno a las facciones para que se contrarrestaran mutuamente, permitiendo de este modo la búsqueda del bien común. En Estados Unidos hubo cantidad de hombres de una variedad de naciones, religiones y razas, muchos de estos maltratados por pertenecer a estos grupos. Los derechos naturales inherentes al régimen estadounidense no producían automáticamente aceptación social. La reacción a esta dualidad contradictoria fue primero resistir a la idea de que las minorías tenían que renunciar a su individualidad cultural y luego se llegó a una irritación y rechazo para con la mayoría que imponía una cultura nacional. El movimiento de los derechos civiles sería un buen ejemplo del cambio de pensamiento. En sus primeros tiempos casi todos los dirigentes importantes se basaban en la declaración de la Independencia y la Constitución al exigir la igualdad que les correspondía como seres humanos. Por el contrario, el movimiento del Poder Negro posterior tenía la concepción de que la tradición constitucional era perversa y estaba construida como una defensa de la esclavitud. Su exigencia era de identidad negra, no de derechos universales (Bloom, A. 1989, 27-34).

La universidad habría encontrado presiones contradictorias entre los imperativos de igualdad y de excelencia. La primera se apoya en una demanda democrática: simetría entre los conciudadanos. La segunda, en la necesidad de fomentar y recompensar el mérito. Parecería difícil la existencia de un contrato social cuando no hay objetivos compartidos ni una visión común del bien público (Bloom, A., 1989, 27-34).

La universidad americana proporcionaba la inspiración intelectual para la realización de actos políticos decentes. Es muy dudoso que exista ahora en ella una enseñanza sobre la justicia que pudiera generar nada semejante al movimiento en pro de la igualdad racial. Aquello de lo que se enorgullecían los estudiantes de los años 60 fue una de sus primeras víctimas (Bloom, A., 1989, 27-34).

Esta duda que plantea Bloom —que la universidad estadounidense pueda inspirar intelectualmente planteos políticos decentes— recobra actualidad tras las últimas elecciones presidenciales y la asunción de Trump a la presidencia.

Respecto del ámbito universitario, no sería posible defender la libertad académica cuando existen graves dudas acerca de los principios que subyacen en la libertad académica (Bloom, A., 1989, 323). Coincidimos con la hipótesis de Bloom, lo que nos lleva a preguntarnos si es posible defender la libertad política y la libertad económica, cuando se cuestionan los principios que las sustentan.

Diferentes estudios indican que a partir de 1970, en las sociedades occidentales más prósperas han aflorado valores post-materialistas y de libertad de expresión entre las generaciones más jóvenes y los estratos sociales más cultivados. Este cambio cultural ha promovido mayor aceptación de diversos estilos de vida, religiones y culturas, del multiculturalismo y de la cooperación internacional, de los gobiernos democráticos y de la protección de libertades fundamentales y de los derechos humanos. Los movimientos

sociales que reflejan estos valores han conseguido políticas tales como la protección del medio ambiente, el matrimonio igualitario, la equidad de género, apartando su atención de la clásica discusión acerca de la distribución de la riqueza. No obstante lo dicho, la difusión de estos valores progresistas ha generado una reacción en contrario entre personas que se sienten amenazadas por esta evolución. En particular entre los sustratos de menor nivel educativo, entre los ciudadanos mayores y en particular entre hombres blancos, que alguna vez constituyeron la cultura mayoritaria y privilegiada en las sociedades occidentales y que actualmente resienten que se afirme que los valores tradicionales son políticamente incorrectos. Incluso se sienten marginados en sus propios países (Inglehart, R. & Norris, P., 2016, 29-31).

Es más, los flujos inmigratorios en particular desde países con menores ingresos, han cambiado las características étnicas de las sociedades industriales avanzadas. Los inmigrantes hablan diferentes lenguas, tienen diferentes religiones y estilos de vida que aquellos ya establecidos. Todo ello refuerza la impresión que las normas y valores tradicionales están rápidamente desapareciendo (Inglehart, R. & Norris, P., 2016, 29-31).

En los Estados Unidos, Trump ha sabido explotar una propuesta populista. Su rechazo a la corrección política parece particularmente atractiva a la población blanca, mayor, religiosa y tradicionalista que se siente marginada por el creciente apoyo al matrimonio igualitario, derechos de los transexuales, igualdad de género en la arena política y los derechos inmigratorios. El rechazo a los valores progresistas no es una postura exclusiva de Trump; la plataforma del partido republicano de 2016 incluye el objetivo de promover una visión tradicional de la familia, la sexualidad y el género, incitando a sus legisladores que usen la tradición cristiana como guía, favoreciendo la enseñanza de la Biblia en escuelas públicas, oponiéndose al matrimonio igualitario, desaprobando los derechos de *gays* y transgéneros, prohibiendo la participación femenina en combate de las FFAA y declarando la pornografía como una « crisis de la salud pública » (Inglehart, R. & Norris, P., 2016, 29-31).

Las sociedades occidentales en general y la estadounidense en particular, enfrentarán contiendas electorales menos predecibles, desafíos populistas a la legitimidad de la democracia liberal (anti *establishment*) y potenciales interrupciones a patrones de competencia partidaria, establecidos hace larga data (Inglehart, R. & Norris, P., 2016, 29-31).

Una hipótesis sería entonces que los votantes de Trump añoran un EEUU más exclusivo, con subordinación de quienes no son blancos y anglo protestantes de hecho o por asimilación. Una vuelta a la etapa previa a 1960, en la que Will Kymlicka señaló que se esperaba que los inmigrantes se despojaran de su herencia y se asimilaran completamente a la cultura existente. Este modelo lo denominó de « anglo conformidad » (Kymlicka, 1995, 14 en Huntington, S., 2004, 87). El lema utilizado por la campaña de Trump, precisamente hacía referencia a recuperar un pasado no inmediato: *Let's Make America Great Again*.

El corazón de los votantes de Clinton, rescatarían al EEUU multiétnico, multirracial y multicultural. Se considerarían alineados con los movimientos que en los 60's empezaron a

cuestionar la concepción de los EEUU fundacionales. Se identificarían con una identidad superadora, forjada luego de las luchas por los derechos civiles.

Para quienes lucharon por los derechos civiles, Estados Unidos se definía como un conglomerado de diferentes razas, etnias y culturas subnacionales en que los individuos se definían por su afiliación de grupo y no por una nacionalidad común. EEUU entendida como una ensalada de pueblos (Huntington, S., 2004, 171).

Ambos grupos de simpatizantes se sentirían amenazados por la globalización (expansión significativa del comercio, de la inversión, del transporte, de las inmigraciones y de las comunicaciones internacionales). De ahí que ambos candidatos prometieran mayor proteccionismo comercial en sus respectivas campañas y Trump se abanderara, además, en contra de la inmigración no caucásica.

3. ¿VALORES DE LA REVOLUCIÓN ESTADOUNIDENSE Y/O FRANCESA?

Tanto Huntington, Bloom como Kristol trazan una comparación entre la revolución francesa y la norteamericana, en un intento por identificar principios prominentes. La primera sería una revolución más igualitaria y la segunda una más liberal. La admiración por una u otra ayudaría a comprender la actualidad de la/s identidad/es nacional/es.

Kristol destaca el éxito de la estadounidense por lo siguiente: 1) Fue una revolución que a diferencia de las posteriores, no devoró a sus hijos. Los revolucionarios fueron los mismos que crearon el nuevo orden político y ocuparon los puestos más altos en él. 2) Fue moderada y poco cruenta, se utilizaron las reglas de una guerra civilizada por ambas partes. 3) Fue una auténtica revolución: un ejercicio práctico de filosofía política y no un acontecimiento meta-político emergido de una insatisfacción radical con la condición humana. El éxito radicaría en que fue realizada por gente que la quería pero que no la necesitaba desesperadamente (Kristol, I., 1983, 102-4).

La modernidad se caracteriza por regímenes políticos fundados en la libertad y la igualdad, consecuentemente, en el consentimiento de los gobernados. La revolución estadounidense instituyó este sistema de gobierno. A los ojos de fin de siglo XVIII, la revolución francesa fue un acontecimiento mucho más importante que la estadounidense, ya que afectaba a una de las dos grandes potencias del momento. No obstante, mientras la revolución estadounidense habría producido una realidad histórica clara y unificada, la francesa no conseguiría establecer un entramado institucional estable. Un gran sector de la opinión intelectual europea consideraba que habría constituido un fracaso por haberle dado a la burguesía poder en la sociedad. Tocqueville, un autor pro americano y pro liberal, comprendía que la dificultad francesa consistía en la incapacidad de la nación para adaptarse a las instituciones liberales y se mostraba por lo tanto, pesimista sobre las perspectivas francesas para una vida plena dentro de ellas (Bloom, A. 1989, 163-78).

Derechos sería el término clave de la democracia liberal y la noción política más difundida y útil de nuestro mundo. Para los americanos el tener derechos es tan instintivo como respirar. El gobierno existe para proteger producto del trabajo de los hombres, su propiedad, conjuntamente con eso, la vida y la libertad. La noción de que el hombre posee derechos naturales inalienables, que les pertenecen como individuos con carácter previo a cualquier sociedad civil y de que las sociedades civiles existen para garantizar esos derechos y de ello adquieren su legitimación, es una invención de la filosofía moderna. Derecho no es lo opuesto a injusto sino lo opuesto a deber. Es la esencia misma de la libertad. La maquinaria social funciona en el reconocimiento de que si se respeta la vida, la libertad y la propiedad de los otros hacia los que no se siente ningún respeto natural, éstos pueden sentirse inducidos a corresponder con igual comportamiento. Es una nueva moralidad sólidamente sentada en el propio interés (Bloom, A., 1989, 163-78).

Representaría una ruptura radical con las viejas concepciones del problema político. Anteriormente se pensaba que el hombre es un ser dual, con una parte preocupada por el bien común y la otra por los intereses particulares. Se consideraba que para hacer funcionar la política el hombre debe vencer su parte egoísta. Locke enseñó que ninguna parte del hombre está naturalmente dirigida al bien común. Visualizó la utilización del interés privado para servir al interés público (Bloom, A., 1989, 163-78).

Los estadounidenses han puesto en práctica la doctrina de Locke al reconocer que el trabajo es necesario y producirá bienestar; al seguir moderadamente sus inclinaciones naturales, no por ser moderados, sino porque sus pasiones se equilibran al reconocer lo razonable de tal conducta; al respetar derechos ajenos para que los propios sean también respetados; al obedecer la ley porque está hecha en su propio interés (Bloom, A., 1989, 163-78).

En los europeos continentales, habrían calado más hondo las ideas de Rousseau. Partiendo de la misma concepción básica de Locke: el hombre es por naturaleza un hombre solitario, interesado en su conservación y comodidad, establece la sociedad civil mediante un contrato, para poder alcanzar mejor sus objetivos. A partir de ahí se aparta de Locke, ya que no considera que ese interés propio se alinee automáticamente con lo que la sociedad civil demanda. Rousseau considera que siguiendo su propio interés, un individuo no se convierte en buen ciudadano. La Ilustración sería insuficiente para establecer la sociedad e incluso, tendería a disolverla (Bloom, A., 1989, 163-78).

Este es el resultado directo de las enseñanzas de dos estados de naturaleza. La de Locke es responsable de nuestras instituciones, justifica nuestra dedicación a la propiedad privada y al mercado libre, y nos da nuestros sentimientos de justicia. La de Rousseau subyace en las más extendidas concepciones de lo que la vida es y de cómo curar nuestras heridas. La primera enseña que la acomodación a la sociedad civil es casi automática; la segunda, que esa acomodación es realmente muy difícil y precisa de toda clase de intermediarios entre ella y la Naturaleza perdida. Los dos tipos intelectuales más prominentes de nuestros días representan esas dos enseñanzas. El seco, positivo y grave economista es el lockiano; el profundo meditativo y sombrío psiquiatra es el roussonian. En principio sus

posturas son incompatibles, pero la desenfadada América les proporciona un modus vivendi. Los economistas nos dicen cómo ganar dinero; los psiquiatras nos dan un lugar para gastarlo (Bloom, A., 1989, 178).

La revolución americana persiguió brindar a las instituciones políticas una mayor correspondencia con el modo de vida de los norteamericanos. Asimismo fue una revolución más realista que la francesa. Esta última prometió erradicar la pobreza, cosa que la americana nunca hizo. En parte porque la pobreza no era un gran problema estadounidense pero fundamentalmente porque comprendían algo que actualmente resulta difícil comprender: es el crecimiento económico y no la redistribución lo que puede abolir la pobreza. Los revolucionarios franceses prometieron la felicidad bajo el nuevo régimen y los americanos sólo prometieron permitir la búsqueda de la misma. (Kristol, I., 1983, 107-9).

En una república un buen nivel de igualdad y prosperidad son importantes, pero la libertad es prioritaria y el fin del gobierno. En una democracia esas prioridades se invierten. Los hombres son más importantes en cuanto a consumidores de bienes que como participantes de bienes políticos. Los padres fundadores pensaron que la nación era demasiado grande, heterogénea y dinámica para ser gobernada de acuerdo a estrictos principios republicanos. Pero no quisieron verla gobernada estrictamente con principios democráticos pues no tenían demasiada confianza en los hombres comunes. Conformaron así una ingeniosa, complicada y exitosa mezcla de ambos principios. Estos principios hoy no serían comprendidos. Actualmente se enfatiza el carácter democrático de las instituciones, aun aquellas, como la Corte Suprema, que no lo son. (Kristol, I., 1983, 113-4).

Steinfeld describe las divisiones del pensamiento político de fines de los 70 en EEUU:

Están los que, como ocurre con los socialdemócratas, sienten que deben ir más allá del liberalismo contemporáneo para consumir sus promesas. Y están los que, como ocurre con los neoconservadores, sienten que deben ir más allá del liberalismo contemporáneo para preservar su herencia. (Steinfeld: 1979: 4 en Kristol, I., 1983, 92-3).

Esta sería quizás una buena caracterización de los demócratas y republicanos tradicionales, pero que ya no cabría para un partido Demócrata en el que Bernie Sanders, más a la izquierda que los socialdemócratas, fue un serio candidato a la presidencia. Tampoco para un partido Republicano que finalmente llevó a Trump a la presidencia.

Las preguntas que quedarían por responder es en primer lugar, si los Estados Unidos actuales, efectivamente logran compatibilizar pacíficamente las visiones lockiana y roussoniana. En segundo lugar, cabría preguntar quiénes representan en EEUU los principios lockianos ya que con Trump en la presidencia podría desdibujarse la identidad tradicional del partido republicano.

Según un artículo publicado en el *New York Times* tras la asunción de Trump, antes de la misma cabía la duda acerca de si el nuevo presidente tomaría una postura más convencional

para un republicano o, si por el contrario, pretendía alejar a su partido de los mercados libres, de su dogma librecambista y de su aceptación de la inmigración. Luego se su discurso inaugural, quedó claro que no hay motivos para esperar una agenda republicana tradicional (Martin, J., 21 de enero de 2017).

Mr. Trump's vision will inevitably collide with establishment Republican leaders in Congress, and the outcome could determine not just the success of Mr. Trump's presidency, but also the identity of his party (Martin, J., 21 de enero de 2017).

El Senador Jeff Flake de Arizona, quien imagina que el presidente apoyará a su rival en la interna republicana del año próximo, no duda en plantarse firme en su misión defensora de ciertos valores tradicionales del partido Republicano. Entre ellos, gobierno limitado, libertad económica, responsabilidad individual y libre comercio: «*Those are things that the party has stood on for a long time*» (Martin, J., 21 de enero de 2017).

Habría una hipótesis que sostendría que los actuales apoyos de Trump incluirían también grupos desilusionados con el sueño americano, preocupados por la movilidad de capitales y personas que trae aparejada la globalización, que encontrarían culpas en los extranjeros y que otros no dudan en calificar como xenófobos y/o discriminadores.

4. POLÍTICA EXTERIOR.

En los años 90 los estadounidenses tuvieron intensos debates respecto de la inmigración y la asimilación, las relaciones raciales y la acción afirmativa, el multiculturalismo y la diversidad, la religión en el ámbito público y la política exterior entre otros. En todos estos temas subyacía la cuestión de la identidad nacional (Huntington, S., 2004, 32).

Respecto de la política exterior en particular, hubo debates intensos acerca de los intereses estadounidenses tras la guerra fría.« Los intereses nacionales derivan de la identidad nacional. Tenemos que saber quiénes somos antes de poder saber cuáles son nuestros intereses» (Huntington, S., 2004, 32).

Si Estados Unidos se definiera por un conjunto de principios universales ligados a la libertad y a la democracia, entonces el principal objetivo de su política exterior debería ser promover esos principios en el resto del globo. En cambio, si Estados Unidos fuera «excepcional», desaparecería la lógica de fomentar dichos principios en otros lugares. Si fuera un conjunto de entidades culturales y étnicas, su política exterior debería ser multicultural. Si por otro lado, se definiera por su herencia europea occidental, debería centrar su política en estrechar vínculos con Europa Occidental. Si la inmigración estuviera haciendo de EEUU una nación más hispana, la política exterior debería orientarse hacia América latina. En definitiva, de acuerdo a diferentes concepciones respecto de la identidad nacional hay diferentes intereses nacionales y diferentes prioridades políticas y de política exterior en particular. El final de la Guerra Fría, impidió que los Estados Unidos se pudieran definir como contraria al imperio del mal. Los estadounidenses ya no eran lo que habían sido y no sabían en qué se estaban convirtiendo. (Huntington, S., 2004, 32-5).

Las últimas décadas del siglo XX cambiaron el entorno de Estados Unidos, con tres consecuencias para la identidad del país. 1) La caída de la Unión Soviética y del comunismo dejaron a EEUU sin ningún «otro» evidente contra quien definirse. 2) La extensa implicación internacional de las élites estadounidenses redujo en ellas la prominencia de la identidad nacional. La cultura ascendió como fuente de identidad en desmedro de la ideología. 3) Las diásporas hicieron que grupos étnicos inmigrantes promovieran sus intereses en la sociedad estadounidense. Asimismo los gobiernos de las naciones de procedencia utilizan como fuente de respaldo su influencia en los gobiernos del país de destino, como lo es EEUU (Huntington, S., 2004, 299-335).

Como consecuencia de estos factores, a finales del siglo XX los gobiernos extranjeros aumentaron considerablemente sus esfuerzos para influir en las políticas estadounidenses. Cuanto más poder tiene Estados Unidos, más se convierte en terreno de juego de disputas internacionales, más tratan los gobiernos extranjeros y las diásporas de influir en las políticas estadounidenses. Los Estados Unidos tienen menor capacidad para definir y satisfacer sus propios intereses cuando no se corresponden con los de otros (Huntington, S., 2004, 299-335).

El malestar causado por esta situación es otro que Trump prometió solucionar, retomando un rol de mayor liderazgo internacional, pero siempre considerando el interés de los EEUU primero («*America first*»). Sus simpatizantes añorarían una nación más independiente del mundo en cuanto a la definición de sus propias políticas. Entre sus detractores, preocuparía una mayor cercanía con Rusia, en virtud de la cercanía entre Putin y Trump, en desmedro de la tradicional alianza con el Reino Unido, otra nación anglo protestante y de tradición liberal.

También se señala que el protestantismo disidente ha marcado la política exterior estadounidense tanto como su política interna. Además de intereses realistas los estadounidenses sienten la necesidad de fomentar en sus relaciones con otros Estados, los fines moralistas que persiguen su propio país (Huntington, S., 2004, 105).

Kristol enfatiza los dilemas morales de la política exterior estadounidense a partir del fin de la Primera Guerra Mundial. Hasta entonces el constitucionalismo liberal suponía que un régimen autoritario, en la medida en que fuera capaz de crear condiciones económicas, políticas y culturales que hicieran posible el autogobierno del pueblo, era respetable con ciertas reservas. Pero más recientemente, los estadounidenses consideran una traición afirmar que algunas dictaduras son mejores que otras, que algunos dictadores podrían tener cierta legitimidad política que los demócratas liberales deberían respetar. La gran falacia de la política exterior estadounidense radicaría en creer que todo pueblo es inmediatamente apto para un gobierno constitucional liberal y una completa democratización. Serían ejemplo de estas contradicciones las buenas relaciones con la China de Mao y las críticas al gobierno de Taiwán por su violaciones a las libertades políticas, justificándose la diferencia sólo por poderosos intereses de por medio. Su propuesta es utilizar la influencia y el poder estadounidense para empujar los despotismos «iluminados» hacia una conducta más

«iluminada» y a los despotismos «iluminados» hacia una conducta más liberal y humana (Kristol, I., 1983, 301-10)

Aron sostiene que un juicio sobre la diplomacia de disuasión llevada a cabo por los Estados Unidos en el SXX, exigiría conocer previamente los proyectos soviéticos. Si la disuasión tuvo éxito, no se puede demostrar que el rival se proponía hacer lo que finalmente no hizo (Aron, R., 1973, 10).

Como consecuencia de las experiencias post Guerras Mundiales los europeos temían más al aislacionismo que el imperialismo de los Estados Unidos. No habían olvidado ni el retraso de las intervenciones estadounidenses (1917, 1941) ni su negativa a ratificar el Tratado de Versalles, las leyes de neutralidad de la década del 30, ni la oscilación entre el espíritu cruzado (mantener el mundo libre para la democracia) y el repliegue dentro de sí mismos (Aron, R., 1973, 17).

La famosa declaración de Monroe (1829) testimonia el antiimperialismo tal como lo entienden los estadounidenses y una vocación imperial, según el enfoque no estadounidense, respecto al hemisferio occidental que creaba una zona de influencia estadounidense. EEUU se constituía en protectora del continente americano, al que declaraba zona reservada para la libertad. La doble actitud de expansionismo y anti imperialismo, de voluntad de poderío y de moralismo, aparece desde los orígenes de la República (Aron, R., 1973, 23-25).

Convertidos en la potencia dominante de occidente y en la primera potencia mundial, los Estados Unidos entran contra su voluntad en la arena de la política mundial. No queriendo entrar en el sistema internacional europeo, cuya corrupción despreciaban y denunciaban, se ven convertidos en miembros de pleno derecho del sistema mundial, que tiene los mismos o peores vicios. Las leyes de neutralidad de los años 30 y el apoyo moral a las democracias, podría haber incitado a Hitler a apurar el desenlace bélico. EEUU conmocionó al mundo tanto cuando rehusó mantener su rango de potencia, como cuando quiso actuar en consecuencia del mismo. (Aron, R., 1973, 16-33).

Por sus declaraciones, el presidente Trump coincidiría con Huntington en que la falta de un «otro» luego del fin de la guerra fría y el desmembramiento de la URSS, puso en duda su identidad y por lo tanto, cuáles eran sus intereses internacionales.

[...] after the Cold War our foreign policy veered badly off course. We failed to develop a new vision for a new time. In fact, as time went on, our foreign policy began to make less and less sense(...) It all began with a dangerous idea that we could make western democracies out of countries that had no experience or interests in becoming a western democracy. We tore up what institutions they had and then were surprised at what we unleashed (Reifowitz, I., 27 de abril de 2016).

*I want to identify five main weaknesses in our foreign policy:
First, our resources are totally over extended. We're rebuilding other countries*

while weakening our own. Ending the theft of American jobs will give us resources we need to rebuild our military [...] (Reifowitz, I., 27 de abril de 2016).

Secondly, our allies are not paying their fair share (...) Our allies must contribute toward their financial, political, and human costs, have to do it, of our tremendous security burden (Reifowitz, I., 27 de abril de 2016).

Thirdly, our friends are beginning to think they can't depend on us. We've had a president who dislikes our friends and bows to our enemies (...) Iran cannot be allowed to have a nuclear weapon (...) The Iran deal, like so many of our worst agreements, is the result of not being willing to leave the table (...) At the same time, your friends need to know that you will stick by the agreements that you have with them. (...) Israel, our great friend and the one true democracy in the Middle East has been snubbed and criticized by an administration that lacks moral clarity (Reifowitz, I., 27 de abril de 2016).

Fourth, our rivals no longer respect us. In fact, they're just as confused as our allies, but in an even bigger problem is they don't take us seriously anymore (Reifowitz, I., 27 de abril de 2016).

Finally, America no longer has a clear understanding of our foreign policy goals. Since the end of the Cold War and the breakup of the Soviet Union, we've lacked a coherent foreign policy (Reifowitz, I., 27 de abril de 2016).

Trump estaría definiendo a los Estados Unidos como una nación excepcional, por lo que no sería razonable exportar su modelo —ni si quiera su democracia— a todo el mundo. Asimismo pretendería retomar un claro rol de líder mundial, fortalecer su alianza con Israel en Oriente Medio, combatiendo al extremismo islámico junto al resto de sus aliados. De estos últimos esperaría que contribuyan de manera más equitativa política y económicamente, para cumplir con su rol de potencias. No parecería probable que Trump quisiera rehuir de la posición que los Estados Unidos todavía ocupan como primer potencia mundial.

5. CONCLUSIONES.

El triunfo y la asunción de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos junto a las evidentes divisiones en la sociedad estadounidense nos llevaron a replantear si existe una identidad americana actual, o cuales identidades subnacionales coexisten.

Los cambios en la identidad se conforman paulatinamente y son el resultado de inclinaciones culturales, sociales, económicas y políticas que hemos repasado a lo largo del presente trabajo: desde múltiples identidades en la época de las 13 colonias, a una identidad nacional a partir de la guerra de secesión; ese nacionalismo anglo protestante que terminó

de florecer en la primera mitad del siglo XX y la aparición a partir de 1960 de identidades de doble nacionalidad y cosmopolitas que rivalizaron con el monopolio de la identidad nacional y que coexisten álgidamente hoy en día.

En la actualidad, el problema identitario de los Estados Unidos se insertaría en un contexto de grieta, entre quienes de uno y otro lado, sienten amenazada la o las identidades nacionales, de acuerdo a las diferentes visiones. Quienes apoyaron en la última elección a Trump y a Hillary Clinton, adherirían a identidades nacionales diferentes que se podrían vincular con identidades históricas que fueron mutando con el correr de los siglos.

Preocupa en los Estados Unidos que se levante un muro identitario que efectivamente divida a los estadounidenses entre sí. Los simpatizantes de Trump evocarían un EEUU más exclusivo, con la subordinación e inclusive la exclusión de quienes no son blancos y anglo protestantes de hecho, o por asimilación.

Por el contrario, los simpatizantes de Clinton, rescatarían a un EEUU multiétnico, multirracial y multicultural, alineado con los movimientos que en la década del sesenta del siglo pasado empezaron a cuestionar la concepción de los EEUU fundacionales.

Ambos grupos se sentirían amenazados por la globalización y apoyarían un mayor proteccionismo comercial. Muchos hombres mayores, blancos, no calificados que añorarían el sueño americano y apoyan a Trump, también respaldarían leyes inmigratorias más restrictivas.

Los demócratas y republicanos actuales no encajarían tan fácilmente en las categorías de socialdemócratas y neo-conservadores, ya que las identidades de los partidos tradicionales estarían acompañando los cambios de la sociedad estadounidense, remodelándose. Particularmente con Trump en la presidencia, podría desdibujarse la identidad tradicional del partido republicano.

Quedaría por responder si los Estados Unidos continuaría compatibilizando pacíficamente las visiones lockiana y roussoniana, compaginación que en este preciso momento histórico no parecería posible.

La identidad nacional o las identidades subnacionales moldearían la política exterior, ya que la definición de la propia singularidad claramente afecta la demarcación de los intereses particulares. El presidente Trump concebiría a los Estados Unidos como una nación excepcional, por lo que no pretendería exportar su paradigma. Ambicionaría un rol contundente como líder mundial, combatiendo al extremismo islámico junto a unos aliados más comprometidos. No parecería probable que bajo la actual administración se quisiera rehuir de la posición que ocupan como primer potencia mundial, si bien se priorizarían los intereses nacionales estadounidenses.

6. BIBLIOGRAFÍA CITADA.

Agiesta, J. (27 de Noviembre de 2016). *A nation divided, and is it ever*. CNN.

Aron, R. (1973). *La República imperial*. Madrid: Alianza Editorial.

Bloom, A. (1989). *El cierre de la mente moderna*. Barcelona: Plaza y Janes Editores.

Kristol, I. (1983). *Reflexiones de un neoconservador*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Huntington, S. (2004). *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*. Buenos Aires: Paidós.

Inglehart, R. & Norris, P. (2016). *Trump, Brexit and the rise of populism*. Boston, Harvard Kennedy School Review, 29-31.

Lexington. (20 de Enero de 2017). *Donald Trump becomes America's 45th. President*. The Economist.

Martin, J. (21 de enero de 2017). *Inaugural Speech Dims GOP Hopes for a More Conservative Trump Agenda*. The New York Times.

Reifowitz, I. (27 de abril de 2016). *Hillary vs. Trump is a NATIONAL Identity Election*. The Huffington Post, 13 de junio de 2016. Transcript: *Donald Trump's Foreign Policy Speech*. The New York Times.